

LA VIDA OCULTA DE FIDEL CASTRO

**JUAN REINALDO
SÁNCHEZ**

El exguardaespalda
del líder cubano
desvela sus secretos
más íntimos

La vida oculta de Fidel Castro

**Juan Reinaldo Sánchez
y Axel Gylden**

El exguardaespaldas del líder cubano
desvela sus secretos más íntimos

Traducción de Rosa Alapont

ediciones península

Título original: *La vie cachée de Fidel Castro*

© Michel Lafon Publishing, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2014

© de la traducción del francés, Rosa Alapont Calderaro, 2014

© de los derechos de las imágenes del pliego, DR

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro.
Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014

Ediciones Península,
Pedro i Pons 9, 11^a pta.
08034-Barcelona
edicionespeninsula@planeta.com
www.edicionespeninsula.com

EGEDSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.467-2014
ISBN: 978-84-9942-354-8

ÍNDICE

1.	Cayo Piedra, la isla paradisíaca de los Castro	11
2.	Yo, Juan Sánchez, guardaespaldas de Fidel	31
3.	La dinastía Castro	55
4.	La escolta: su verdadera familia	81
5.	Guerrilleros de todos los países, ¡uníos!	109
6.	Nicaragua, la otra revolución de Fidel	131
7.	Fidel en Moscú, Sánchez en Estocolmo	147
8.	El clan de Raúl	157
9.	La manía de las grabaciones	171
10.	La obsesión venezolana	191
11.	Fidel y los tiranos de opereta	201
12.	La fortuna del monarca	215
13.	A dos pasos de la muerte	227
14.	Fidel, Angola y el arte de la guerra	239
15.	El caso Ochoa	249
16.	La cárcel... ¡y la libertad!	267

CAYO PIEDRA, LA ISLA PARADISIÁCA DE LOS CASTRO

El yate de Fidel Castro singla por el mar Caribe. Hemos zarpado hace diez minutos y ya unos delfines blancos se han unido a nosotros sobre el oleaje azul petróleo de la costa meridional de Cuba. Un banco de nueve o diez mamíferos patrulla a estribor, muy cerca del casco; otro grupo de cetáceos nada veloz en nuestra estela, unos treinta metros a babor por detrás. Se diría la escolta motorizada de un jefe de Estado en visita oficial...

—Ahí está el relevo, puedes irte a descansar —digo a Gabriel Gallegos señalando la multitud de aletas dorsales que hienden la superficie del agua a toda velocidad.

Mi colega sonrío ante mi broma. No obstante, tres minutos más tarde los imprevisibles animales cambian de rumbo, se alejan y desaparecen en el horizonte.

—¡Apenas llegados y ya se van! Qué falta de profesionalidad... —bromea a su vez Gabriel.

En materia de profesionalidad, tanto él como yo sabemos un rato. Ambos entramos en la Seguridad Personal del Comandante hace trece años. En 1977. De hecho, en Cuba nada es tan profesional, tan ejercitado ni tan im-

portante como la protección del jefe del Estado. La menor salida al mar de Fidel, aunque sea para pescar o para practicar la pesca submarina, moviliza un dispositivo de defensa militar impresionante. Así, el *Aquarama II* —tal es el nombre del yate de Fidel Castro— es sistemáticamente escoltado por la *Pionera I* y la *Pionera II*, dos potentes motoras de cincuenta y cinco pies (diecisiete metros) casi idénticas, una de las cuales está medicalizada por completo a fin de asistir al Comandante en caso de que surja un problema de salud.

Diez miembros de la guardia personal de Fidel, el cuerpo de élite al que pertenezco, se reparten en esas tres embarcaciones —en tierra nos repartimos en tres vehículos—. Todos los barcos están equipados con ametralladoras pesadas y dotados de un arsenal de granadas, fusiles Kalashnikov AK-47 y municiones, con el fin de estar precavidos ante cualquier eventualidad. Ciertamente es que desde el comienzo de la Revolución cubana Fidel Castro vive bajo la amenaza de atentados: la CIA ha admitido haber previsto centenares, con la ayuda de venenos, bolígrafos o habanos bomba...

En las inmediaciones, algo adentrada en el mar, se moviliza asimismo una patrullera de los guardacostas, la cual garantiza la vigilancia por radar, marítima y aérea, del sector. La consigna: toda embarcación que se acerque a menos de tres millas náuticas del *Aquarama II* es interceptada. También la aviación cubana entra en juego: en la base aérea de Santa Clara, a unos cien kilómetros, un piloto de caza en traje de campaña se mantiene en estado de alerta máxima, listo para saltar a su Mig-29 de fabricación soviética, emprender el vuelo en menos de dos minutos y reunirse con el *Aquarama II* a velocidad supersónica.

Ese día hace buen tiempo. No tiene nada de sorprendente: estamos en pleno verano, en el año de gracia de 1990,

trigésimo segundo del reinado de Fidel Alejandro Castro Ruz, por entonces de sesenta y tres años. La caída del muro de Berlín se produjo el otoño anterior. El presidente estadounidense George Bush se dispone a lanzar la Operación Tormenta del Desierto: la invasión del Irak de Saddam Hussein. En cuanto a Fidel Castro, navega hacia su isla privada y secreta, Cayo Piedra, a bordo del único barco de lujo, el suyo, con que cuenta la república de Cuba.

Se trata de una elegante nave de casco blanco y noventa pies (27,5 metros). Puesta en servicio a principios de los años setenta, es una réplica, aumentada, del *Aquarama I*, un yate con clase, confiscado a un allegado del régimen de Fulgencio Batista, quien, como es sabido, fue derrocado el 1 de enero de 1959 por la Revolución cubana, iniciada dos años y medio atrás en el monte bajo de Sierra Maestra por Fidel y unos sesenta «barbudos». Además de los dos camarotes dobles, uno de los cuales, el de Fidel, está equipado con aseo privado, la nave tiene capacidad para alojar a otras doce personas. Los seis sillones del salón principal son convertibles en cama. La sala de radio dispone de dos literas. Y la cabina reservada a la tripulación, a proa, posee otras cuatro. Como todo yate digno de tal nombre, el *Aquarama II* ofrece todas las comodidades modernas: aire acondicionado, dos cuartos de baño, váter, televisión, bar.

En comparación con los juguetitos de los nuevos ricos rusos y saudíes que surcan en la actualidad las Antillas o el Mediterráneo, el *Aquarama II*, aunque dotado de una hermosa pátina, es decir, *vintage*, puede parecer anticuado. Ahora bien, en los años setenta, ochenta y noventa, este lujoso barco completamente decorado con maderas preciosas importadas de Angola no tenía nada que envidiar a los que estaban amarrados en las marinas de las Bahamas o de Saint-Tropez.

A decir verdad, en cuestión de potencia los supera ampliamente. Sus cuatro motores, obsequiados por Leonid

Brézhnev a Fidel Castro, son idénticos a los que equipan las patrulleras de la marina soviética. A toda máquina, propulsan el *Aquarama II* a la increíble velocidad de 42 nudos, es decir, ¡78 kilómetros por hora! Imbatible.

En Cuba, nadie, o casi nadie, conoce la existencia de este yate, cuyo puerto de amarre se oculta en una cala invisible e inaccesible para el común de los mortales, en la costa oriental de la célebre bahía de Cochinos, unos ciento cincuenta kilómetros al sudeste de La Habana. Desde los años sesenta, es ahí, en el corazón de una zona militar, donde se oculta la marina privada de Fidel. Bajo alta vigilancia, el lugar, llamado La Caleta del Rosario, alberga asimismo una de sus numerosas segundas residencias y, en un edificio anexo, un pequeño museo personal dedicado a los trofeos de pesca de Fidel.

Partiendo de dicha marina, hay que contar con cuarenta y cinco minutos para llegar a Cayo Piedra, la isla paradisíaca del Comandante. He realizado esa travesía cientos de veces. Ni una sola ha dejado de cautivar me el azul del cielo, la pureza del agua, la belleza de los fondos marinos. Prácticamente en la mitad de las ocasiones los delfines han venido a saludarnos, nadan a nuestro lado y luego se alejan a merced de su capricho.

Entre nosotros, el gran juego consiste en ver quién los avista primero; entonces alguien grita: «¡Aquí están!». Con frecuencia también los pelícanos nos siguen desde las costas cubanas hasta Cayo Piedra. Me gusta su vuelo pesado y un tanto torpe. Para nosotros, miembros de la élite militar cubana, esos tres cuartos de hora de travesía suponen un bienvenido pasatiempo, pues la protección de una personalidad tan exigente como Fidel requiere plena atención en todo momento y no ofrece ni un instante de tregua.

A lo largo de todo el viaje, el Jefe, como lo llamamos entre nosotros, permanece por lo general en el salón prin-

cial. Tiene por costumbre arrellanarse en su amplio sillón de presidente y director general, de piel negra, en el que ningún otro ser humano ha puesto jamás las posaderas. En el ambiente amortiguado de esa sala de estar, con un vaso de whisky Chivas Regal *on the rocks* en la mano (su bebida favorita), se sumerge en los informes de síntesis de los servicios de información, espulga la revista de prensa internacional preparada por su gabinete, desmenuza la selección de cables de las agencias France-Presse, Associated Press, Reuters.

El Jefe aprovecha asimismo para conversar sobre los asuntos en curso con José Naranjo, fiel edecán apodado «Pepín», que compartió todos los instantes de su vida profesional hasta su muerte, de cáncer, en 1995.¹ También Dalia se halla presente, por supuesto. Madre de cinco de los nueve hijos de Fidel, Dalia Soto del Valle es la mujer que ha compartido en secreto su vida desde 1961..., pero cuya existencia no conocieron los cubanos ¡hasta los años 2000! Por último, está el doctor Eugenio Selman, médico personal de Fidel hasta 2010, cuya competencia, así como su conversación sobre política, tanto aprecia el Comandante. La misión primordial de ese hombre elegante, solícito y unánimemente respetado consiste a todas luces en velar por la salud del Jefe. Sin embargo, el médico personal de Fidel presta asimismo pequeños servicios a cuantos lo rodean.

Es poco frecuente que un invitado —empresario o jefe de Estado— se encuentre a bordo. Aunque puede darse el caso. El Comandante lo invita entonces a acompañarlo en el puente superior, desde donde se puede admirar el panorama de las

1. Fue entonces sustituido por Carlos Lage, que posteriormente llegó a secretario del Consejo de Ministros y vicepresidente del Consejo de Estado, antes de ser destituido en 2009.

costas cubanas, en especial la bahía de Cochinos, de donde acabamos de zarpar. A medida que el *Aquarama II* se aleja de ella, Fidel, narrador sin parangón, relata a su huésped, in situ, las horas trágicas del desembarco en la ya célebre bahía. Desde el puente de popa, lo miramos lanzarse a extensas explicaciones haciendo amplios ademanes y señalando con el dedo diversos lugares de esa región pantanosa infestada de mosquitos. El maestro prodiga a su momentáneo alumno una clase de historia de extensión real.

—Mire allí, al fondo de la bahía, ¡eso es Playa Larga! Y allí, en la entrada oriental de la bahía, está Playa Girón. Fue ahí donde, a la una y cuarto exactamente, el 17 de abril de 1961, un contingente de mil quinientos exiliados cubanos entrenados por la CIA desembarcaron para intentar invadir y derribar a la patria a fin de apropiársela. ¡Pero aquí nadie se rinde! Y después de tres días de heroica resistencia popular, los invasores tuvieron que replegarse a Playa Girón. Y rendir las armas.

Planificada durante el mandato de Dwight Eisenhower e iniciada a principios del de John F. Kennedy, la operación se saldó, en efecto, con un fracaso absoluto: 1.200 miembros del cuerpo expedicionario fueron hechos prisioneros y 118 resultaron muertos. Del lado castrista, se contaron 176 muertos y varios centenares de heridos. Para Washington la humillación fue total. Por primera vez en su historia, el «imperialismo americano» sufrió una dura derrota militar, mientras que en la escena internacional Fidel Castro se imponía como el líder incontestable del Tercer Mundo. Abiertamente aliado de la URSS, trataba de igual a igual a las grandes potencias.

En el puente superior aplastado por el sol, el invitado de Fidel escucha con fervor religioso a aquel indiscutible actor de la Historia con mayúscula. Subyugado, tiene la impresión de revivir la batalla en directo. Sin la menor duda,

conservará toda su vida el recuerdo de esas pocas horas de vacaciones pasadas en el yate de Fidel Castro. Después ambos hombres regresan al salón, donde se reúnen con Dalia y el doctor Eugenio Selman. Mas hete aquí que el capitán del *Aquarama II* reduce gas y que el color del agua se vuelve esmeralda: nos acercamos a Cayo Piedra.



Por ironías de la historia, Fidel Castro debe indirectamente el descubrimiento de ese lugar de veraneo a la invasión yanqui lanzada por JFK.

En los días de abril de 1961 posteriores al fallido desembarco de la bahía de Cochinos, Fidel explora la región, donde conoce a un pescador del lugar al que todo el mundo llama «el viejo Finalé». Pide al viejo Finalé que le muestre los alrededores. El pescador de rostro apergaminado lo embarca en el acto en su barca de pesca hasta Cayo Piedra, una pequeña joya situada a quince kilómetros de la costa, únicamente conocida por los autóctonos. En esa época, un farero vive allí solo, cual ermitaño, encargado del mantenimiento. Fidel queda inmediatamente prendado de aquel rincón de belleza salvaje, digno de Robinson Crusoe. Se pide al farero que abandone el lugar, el faro queda fuera de servicio y finalmente es desmantelado.

En Cuba, el término «cayo» designa una isla llana y arenosa, a menudo estrecha y alargada. En las costas cubanas se cuentan por millares. En la actualidad muchas son frecuentadas por los turistas aficionados al submarinismo. La de Fidel se extiende a lo largo de kilómetro y medio describiendo un ligero arco de círculo orientado de norte a sur. Por el este, la costa rocosa da a mar abierto y a las aguas profundas color azul petróleo. Por el oeste, al abrigo del

viento, la costa se abre sobre arena fina y un mar turquesa. Se trata de un lugar paradisíaco rodeado de fondos marinos prodigiosos. El conjunto permanece casi igual de intacto que en la época de los grandes descubrimientos por parte de los exploradores europeos. ¿Quién sabe si un día los piratas descansaron allí o proyectaron enterrar un tesoro en ella?

Para ser exactos, Cayo Piedra no designa una isla sino dos: en cierta ocasión resultó dividida en dos tras el paso de un ciclón. No obstante, Fidel puso remedio a semejante inconveniente: hizo construir un puente de doscientos quince metros entre las dos partes de Cayo Piedra, recurriendo al talento del arquitecto Osmany Cienfuegos, hermano del héroe de la Revolución castrista Camilo Cienfuegos. La isla sur, ligeramente mayor que la otra, constituye el elemento principal, donde la pareja Castro construyó su casa, en el emplazamiento del antiguo faro. Es un edificio de una sola planta, cuadrado, con una terraza al este que da a mar abierto.

Muy funcional, la casa de cemento está desprovista de lujos ostentosos. Aparte del dormitorio de Fidel y Dalia, cuenta con un amplio dormitorio para los niños, una cocina y un salón comedor que da a una terraza frente al mar, cuyo mobiliario, de madera, es de factura sencilla; en las paredes, los cuadros, dibujos o fotos representan escenas de pesca o de vida submarina.

Desde las puertas vidrieras de dicha estancia, a la derecha, se divisa el helipuerto. Más allá, a un centenar de metros, se puede ver la casa destinada a nosotros, los guardaespaldas de Fidel. Frente a ésta se eleva el edificio de guarnición que alberga al resto del personal: cocineros, mecánicos, electricistas, oficiales de radio y la decena de soldados armados destacados en Cayo Piedra de forma permanente. Más lejos aún se encuentran un depósito de carburante, una reserva de agua dulce (transportada desde tierra firme por barco) y una pequeña central eléctrica.

En el oeste, frente al sol poniente, los Castro han hecho construir un embarcadero de sesenta metros de largo. Está situado al pie de la casa, en la pequeña playa de arena fina que bordea el lado interior del cayo en forma de arco de círculo. A fin de permitir la atracada del *Aquarama II* y de las motoras *Pionera I y II*, Fidel y Dalia han hecho excavar asimismo un canal de un kilómetro de largo, sin el cual la flotilla no podría acercarse a la isla, rodeada por altos fondos arenosos, pues su calado de dos metros cincuenta resulta excesivo.

El muelle de carga, de sesenta metros de largo, constituye el epicentro de la vida social en Cayo Piedra. A éste se agregó un pontón flotante, de quince metros, sobre el que construyeron un restaurante con barra de bar y parrilla para las barbacoas. Ahí es donde la familia realiza la mayoría de sus comidas..., cuando no son servidas a bordo del yate. Desde ese bar restaurante flotante todos pueden admirar el recinto marino, donde, para gran alegría de adultos y niños, se guardan tortugas marinas (algunas miden un metro, y están destinadas a acabar en el plato de Fidel). Al otro lado del embarcadero se encuentra un delfinario, que ameniza la vida cotidiana gracias a las monerías y saltos de los dos delfines que viven cautivos en él.

La otra isla, al norte, se halla prácticamente desierta: aparte de una rampa de lanzamiento de misiles tierra-aire, sólo alberga la casa de invitados. Más grande que la del dueño del lugar, cuenta con cuatro habitaciones y un amplio salón. En su día se tendió una línea telefónica entre ambas residencias, la de los invitados y la de Fidel, distantes quinientos metros. Para dirigirse de la una a la otra se utiliza uno de los dos Volkswagen Escarabajo descapotables de Cayo Piedra. Para el transporte de material y mercancías se emplea un vehículo tipo *jeep*, de fabricación soviética.

La casa de la isla norte dispone de una piscina al aire libre de agua dulce, de veinticinco metros de largo, así como

de un *jacuzzi* natural. Excavado en la roca, se alimenta de agua de mar mediante una especie de acueducto tallado en la piedra por el que se precipita el agua salada con cada embate de las olas.

A lo largo de toda su vida, Fidel no se ha cansado de repetir que no poseía ningún patrimonio, a excepción de una modesta «cabaña de pescador» en alguna parte de la costa. Salta a la vista que la cabaña de pescador se ha transformado en una lujosa residencia de verano que moviliza medios logísticos considerables para su vigilancia y mantenimiento. A lo cual cabe añadir otra veintena de bienes inmuebles, empezando por Punto Cero, su inmensa propiedad de La Habana, próxima al barrio de las embajadas; La Caleta del Rosario, que alberga asimismo su marina privada, en la bahía de Cochinos, y La Deseada, un chalet en el corazón de una zona pantanosa de la provincia de Pinar del Río, donde todos los inviernos Fidel practica la caza de patos y otras aves acuáticas. Sin olvidar las demás propiedades reservadas, en todas y cada una de las provincias administrativas de Cuba, para su uso exclusivo.

Fidel Castro ha dado igualmente a entender, y en ocasiones ha llegado a afirmar, que la Revolución no le daba un momento de respiro, ni le dejaba tiempo libre; que ignoraba, incluso despreciaba, el concepto burgués de vacaciones. Pero miente. Desde 1977 hasta 1994 lo acompañé cientos y cientos de veces al pequeño paraíso de Cayo Piedra. Y asimismo participé en otras tantas salidas a pescar o a practicar la pesca submarina.

Los meses de buen tiempo, de junio a septiembre, Fidel y Dalia se dirigen a Cayo Piedra todos los fines de semana. En cambio, en la temporada de lluvias Fidel privilegia La Deseada. En agosto, los Castro se instalan durante todo

el mes en su isla de ensueño. Cuando un imperativo de trabajo o la visita de alguna personalidad extranjera obliga al Comandante de la Revolución a volver a La Habana, ningún problema: le basta con subirse al helicóptero, siempre aparcado en Cayo Piedra cuando él se encuentra allí. ¡Y hace el trayecto de ida y vuelta en el mismo día si es necesario!

Resulta notable que antes que yo nadie haya revelado jamás la existencia de Cayo Piedra ni lo haya descrito. Aparte de las imágenes por satélite de Google Earth (donde se distingue perfectamente la casa de Fidel y la de los invitados, el muelle de carga, el canal y el puente que une ambas islas), no es posible encontrar ninguna vista de ese paraíso para multimillonarios. Habrá quien se pregunte por qué no fotografié ese lugar yo mismo. La respuesta es simple: un teniente coronel de la seguridad que tiene a su cargo la protección de una alta personalidad no se pasea con una cámara fotográfica en bandolera, ¡sino con una pistola automática al cinto! Por lo demás, la única persona facultada para inmortalizar Cayo Piedra es el fotógrafo oficial de Fidel, Pablo Caballero. No obstante, por temperamento, éste se dedica a inmortalizar las actividades del Comandante, no los paisajes que lo rodean. He ahí por qué nadie ha publicado, que yo sepa, fotos de Cayo Piedra o del *Aquarama II*.



En Cuba, la vida privada del Comandante constituye el secreto mejor guardado de la Revolución. Fidel Castro siempre ha velado por ocultar las informaciones concernientes a su familia. De tal manera que desde hace seis décadas no se sabe casi nada sobre los hermanos Castro, siete en total.

Herencia de la época en que vivió en la clandestinidad, dicha separación entre vida pública y vida privada ha alcanzado proporciones inimaginables.

De hecho, ninguno de los hermanos ha sido jamás invitado ni se ha alojado en Cayo Piedra. Es posible que Raúl, el que mayor intimidad tiene con Fidel, haya acudido allí en ausencia de éste. Pero, en lo que a mí respecta, nunca me he cruzado con él. Aparte del círculo familiar más íntimo, es decir, Dalia y los cinco hijos que tuvo con Fidel Castro, pocos, muy pocos pueden enorgullecerse de haber visto con sus propios ojos la isla misteriosa. Fidelito, el mayor de los hijos de Fidel, fruto de un primer matrimonio, la ha visitado menos de cinco veces. Y Alina, su única hija, nacida de una relación extramatrimonial y que actualmente reside en Miami, Florida, ni siquiera ha puesto los pies en ella...

Aparte de algunos hombres de negocios extranjeros cuyo nombre he olvidado y varios ministros cubanos muy escogidos, sólo recuerdo haber visto allí al presidente colombiano Alfonso López Michelsen (1974-1978), que vino a pasar un fin de semana con su esposa, Cecilia, hacia 1977-1978; al empresario francés Gérard Bourgoin, alias «el rey del pollo», que hizo una visita hacia 1990, en la época en que ese presidente y director general exportaba su pericia como productor de aves al mundo entero; al propietario de la CNN, Ted Turner; a la presentadora superestrella de la cadena estadounidense ABC Barbara Walters, y a Erich Honecker, dirigente comunista de la República Democrática Alemana (RDA) desde 1976 hasta 1989, uno de los principales aliados de Cuba.

Jamás olvidaré la visita de veinticuatro horas que este último efectuó a Cayo Piedra en 1980. Conviene saber que ocho años antes, en 1972, Fidel Castro había rebautizado la isla Cayo Blanco del Sur «isla Ernst Thälmann». Es más,

llevado de un impulso de amistad simbólica entre «países hermanos», había obsequiado a la RDA ese trozo de tierra deshabitada, de quince kilómetros de largo por quinientos metros de ancho, y situado a una hora de navegación de su isla privada.

¿Quién es Ernst Thälmann? Se trata de un dirigente histórico del Partido Comunista Alemán durante la República de Weimar, posteriormente fusilado por los nazis, en 1944. Como decía, en 1980, durante la visita oficial de Honnecker a Cuba, el amo del Berlín Este regala un busto de Thälmann a Fidel. Con toda lógica, éste decide instalar la obra de arte en la isla del mismo nombre. Y fue así como asistí a la alucinante escena en que dos jefes de Estado, llegados a bordo del *Aquarama II*, desembarcaron en medio de ninguna parte para inaugurar la estatua de un personaje olvidado en una isla perdida con iguanas y pelícanos como únicos testigos. Según las últimas noticias, el inmenso busto de Thälmann, de dos metros de alto, fue derribado de su pedestal por el paso del huracán Mitch en 1998...

En realidad, los dos únicos visitantes asiduos de Cayo Piedra ajenos a la familia son Gabriel García Márquez y Antonio Núñez Jiménez. Como es sabido, el primero, recientemente fallecido y que pasó buena parte de su vida en Cuba, es sin duda el mayor escritor colombiano, galardonado con el premio Nobel de literatura en 1982. El segundo, muerto en 1998, es una figura histórica de la Revolución cubana, en la que participó con el grado de capitán y en recuerdo de la cual conservó siempre una poblada barba. Respetada figura intelectual, antropólogo y geógrafo, pertenece a su vez al muy restringido círculo de los verdaderos amigos de Fidel. Ambos fueron los principales usuarios de la casa de invitados de Cayo Piedra.